

LA VIDA EN ZONA ROJA

Cuando salvar es una osadía

Ernesto Castañeda Marín, médico y residente de Endocrinología del Hospital General Provincial Camilo Cienfuegos, se ha enrolado varias veces en la atención a pacientes positivos a la covid

Dayamis Sotolongo Rojas

No lo dudaría ni un segundo como tampoco titubeó antes, cuando se brindó para ir a La Habana y terminó atendiendo a aquellos niños positivos y a sus padres durante un mes entero en el hospital Frank País. Y volvió a hacerlo a fines de febrero de este año, cuando la Unidad de Tratamiento Colérico (UTC) del Hospital General Provincial Camilo Cienfuegos se estrenaba en la atención a casos sospechosos y, luego, pasaría a atender también los confirmados a la covid; entonces sería el único médico de aquella sala durante los 11 días y noches más largos, acaso, de su vida.

Si al doctor Ernesto Castañeda Marín, residente de Endocrinología, le pidieran que volviera a entrar a Zona Roja sería la tercera vez y lo haría sin flaquear. Sin pensar siquiera en los riesgos que corre el asmático que es, porque un solo argumento pesa tanto como para quebrantar cualquier incertidumbre: “No me puedo negar; es mi trabajo y mi responsabilidad. Si alguien lo necesita, pues me toca por conciencia y por compromiso con la profesión, con los pacientes y con el país”, escribe vía WhatsApp y las palabras le calcan las esencias.

A esa misma razón se aferró, quizás, para sobrellevar aquellas guardias de 24 por 72 horas en el hospital habanero, donde en una sala, según dice, podía haber desde 30 hasta 80 casos entre los niños y los acompañantes.

“Eran casos leves o asintomáticos y algún adulto moderado —rememora—. Los niños tienen sus características y había que hablarles con más dulzura, aunque no eran

tan pequeños y casi todos colaboraban para examinarlos y para tratarlos. Yo específicamente no tuve ningún niño complicado”.

Le era más fácil, tal vez, porque la Pediatría fue su inclinación primera cuando rotaba por esa especialidad en cuarto año de la carrera de Medicina y después de graduado terminó haciendo guardias también en el Hospital Materno Municipal de Cabaiguán. Mas, acabaría optando por Endocrinología y hoy hace su residencia.

Pero ni aquellas guardias habaneras en las que amanecía pasando visita o preparando las altas de los pacientes que resultaban negativos al PCR y anocheaba ingresando nuevos casos y auscultando a todos se pueden comparar con los desvelos en la Zona Roja del Camilo Cienfuegos.

“La experiencia fue más fuerte porque son 10 u 11 días seguidos sin parar. En la sala de UTC atendía, en un primer momento, sospechosos de covid —cuando aquello la pandemia no estaba tan crítica como ahora— y cuando salían positivos se trasladaban; luego, a mediados de la rotación, empecé a atender solo positivos.

“Era el único médico de la sala. Siempre había un intensivista que colaboraba y las enfermeras que ayudaban mucho, pero eras tú solo. Y ahí hay mucho movimiento”.

Y nada lo agobió tanto como aquella sobrebata, el gorro, la careta, el nasobuco y por encima la escafandra blanca. “El traje es desesperante, se pasa mucho calor, te da como falta de aire, ansiedad estar metido allá dentro, pero hay que usarlo para mayor protección”.

Lo más complejo no fue siquiera sobrellevar los medios de protección ni lidiar con

la adrenalina que te mantiene insomne ante un cansancio que a ratos te vence y frente al que no puedes ceder para evitar, también, contagiarte. Lo más complicado fue asistir a pacientes graves, incluso, colegas.

“Ahí sí hubo ciertos momentos de tensión con colegas, gente joven, una viejita encamada..., enseguida los atendimos lo mejor que pudimos y lo trasladamos para la Sala de Terapia. De los pacientes que yo tuve ninguno falleció”.

Y lo dice sin vanagloria alguna, aunque la merezca. Igual que no se ufana del día aquel que asistió a un paciente y le cedió hasta su comida. Lo cuenta en plural solo por modestia, porque únicamente él es protagonista.

“Fuimos a ver a un paciente al cuerpo de guardia de respiratorio y consideramos que podía retornar al centro de aislamiento; como no se había alimentado le di los refrescos que tenía para mí”.

No olvida los riesgos vividos, las ojeras casi crónicas, los afanes por salvar. Lo calla, pero se sabe: se hace más por convicción de vida que por esperar retribución alguna. “La gente no se imagina los esfuerzos que hace uno en Zona Roja, los desvelos seguidos, el estrés de trabajo...”

“En cuanto a los recursos, sí a veces faltan cosas, pero aquí en el hospital los recursos limitados que hay se garantizan para los pacientes con covid. Yo no puedo decir que haya dejado de atender a un paciente ni que ninguno haya muerto por falta de medicamentos, por lo menos en mi caso”.

Y lo acuña con la misma seguridad que luego confiesa: “Esto es lo más arriesgado que he hecho”. Le creo. Del otro lado de la pantalla las imágenes devuelven a un



“Esto es lo más arriesgado que he hecho”, asegura Ernesto. /Foto: Cortesía del entrevistado

muchacho veinteañero que contrasta con aquella cabeza rapada como si la falta de pelo pusiera años de más, envuelto en una escafandra blanquísima en la que se le esconden hasta los ojos.

Uno lo ve y, por más que haya repasado sin grandilocuencias tantas heroicidades, todavía queda preguntándose de dónde le nacen los ímpetus y hasta la osadía que lo han hecho entrar y entrar a Zona Roja.

La muchacha de las pesquisas

Carmen Ivet Santana Coello, una joven recién graduada de la carrera de Medicina, se enroló en las pesquisas desde el comienzo de la epidemia y también atendió a pacientes en Zona Roja

Delia Proenza Barzaga

Recuerdo sus ojos limpios y el cariño flotando en sus palabras cuando, desde la calle y junto a otras dos muchachas de quinto año de la carrera de Medicina, inquiría cómo había amanecido esa mañana. De casa en casa, recogía las incidencias de un panorama epidemiológico que apenas comenzaba a deteriorarse. Nadie imaginaba que la situación se prolongaría hasta hoy; pero, aun así, unas veces desde el balcón y otras desde la acera, me apresuraba a dejar constancia, en fotografías, de la proeza de aquellas jóvenes. Corría abril del 2020.

Luego la falta de transporte les impidió seguir acudiendo al Consultorio del Médico de la Familia (CMF) No. 32 del área Sur en la cabecera provincial y las ubicaron en zonas cercanas a sus lugares de residencia; en su caso, en el reparo Kilo-12.

“Al fin llegó el día esperado, luego de seis

duros años; gracias a ustedes por siempre estar, los amo”, publicaba en su perfil de Facebook Carmen Ivet Santana Coello el pasado primero de septiembre y acompañaba el post con una foto junto a sus padres, en la cual exhibía el título de doctora.

Sin embargo, aunque la graduación se consumaba ese día, ya el historial de la muchacha en las lides médicas mostraba algunas páginas. No comenzaron a escribirse, siquiera, el 21 de julio del presente año, cuando realizó su primera guardia en Zona Roja, luego de una capacitación breve que siguió al examen estatal del 9 de ese mes. Y es que, durante aquellos recorridos barriales, cuando muy poco se conocía en Cuba acerca del SARS-CoV-2, ella se enroló en el proceder que más aportaría en la detección de casos de la nueva enfermedad a nivel comunitario en suelo espirituario.

“Fue una labor muy útil para identificar a las personas de riesgo y actualizar, de paso, las fichas familiares. Aquellas a quienes usted fotografió éramos Claudia María Lorenzo, Daileny Díaz y yo. En esa labor estuvimos hasta concluir el quinto año”, reseña ahora.

Duro resultó el cambio de escenario en relación con las tradicionales consultas, clases y conferencias en las que se apoyaba la carrera, pero ella les sacó partido y aprendió todo lo posible. El año terminal, a su juicio el más difícil, transcurrió en rotaciones por las especialidades y guardias de 24 horas, con trabajo a la par de los médicos acompañantes.

Vencidos los estudios, sentía que merecía y necesitaba unas vacaciones, pero no dudó en acceder a la misión encomendada: trabajar en centros de aislamiento para pacientes sospechosos de padecer la covid o positivos a la enfermedad, así como en consultorios médicos, justo cuando se ultimaban detalles para el proceso de vacunación en el municipio cabecera.

En la propia institución donde se formó, la Universidad de Ciencias Médicas, Carmen Ivet trabajó 24 horas continuas y descansó 48, hasta finales de septiembre pasado. Allí vivió momentos tristes y también felices. Los primeros sucedían cuando algún paciente agravaba de momento y desplegaba cuanta manobra tenía a su alcance para salvarle la vida. También, cuando veía llegar a niños pequeños o ancianos que apenas podían desplazarse solos; entonces pensaba: “Dios mío, ¿cómo se contagiaron si no salen de casa, si no pueden ni caminar?”.

La felicidad la embargaba al recibir los resultados de PCR negativos, y ver a los pacientes gritar de alegría cuando ella les comunicaba la buena nueva; si había infantes de por medio, el regocijo era incluso mayor.

¿Sabías que ustedes ahora mismo hacen historia?, indagaba Escam-

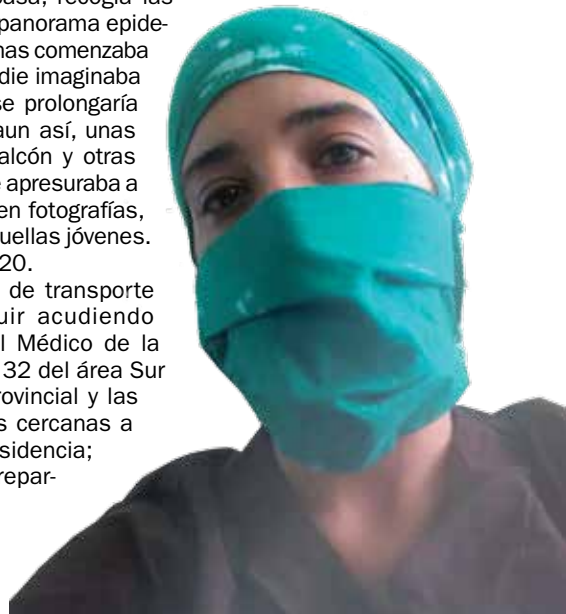
bray en el momento de la entrevista. “Ya lo hemos hablado aquí entre nosotros”.

¿No has sentido miedo?

“Siempre sentimos miedo, estamos rodeados de personas positivas a la covid; pero, a pesar de todo, creo que es el lugar donde más seguros vamos a estar. Aquí sabemos que el peligro está cerca y tomamos todas las precauciones. En la calle uno se cuida, como es lógico, pero allá fuera no sabes quién puede tener el virus o no, y el cuidado no es el mismo que aquí dentro”.

El diálogo, que ocurrió una tarde de finales de agosto, se interrumpió debido a su trabajo allí, en Zona Roja. Y el segundo día de septiembre, cuando por medio del chat le recordé que estaban pendientes sus fotografías, me dijo emocionada: “¡Nos graduamos!”.

La de Carmen Ivet, quien tiene tan solo 24 años, es una más entre tantas historias hermosas de tiempos de pandemia. Los que vivimos en mi barrio, y también los que viven en el suyo, tenemos la suerte de haberla conocido. Cuando todo esto pase, cuando se haga el recuento de los sobrevivientes, alguien dirá, sin dudas: “Esa doctora que ves ahí era la muchacha de las pesquisas”.



Hasta finales de septiembre, Carmen Ivet trabajó en el centro de aislamiento radicado en la Universidad de Ciencias Médicas. /Foto: Cortesía de la entrevistada